

mática de la Tradición, y la introducción al estudio de la Sagrada Escritura. Estos temas deberían aparecer con una estructura diversa, de límites más deslindados. Ciertamente sería, entonces, necesario ampliar un poco el número de páginas lo cual no le haría perder el carácter introductorio y en cambio posibilitaría remediar el tratamiento excesivamente sumario con el que ahora se refieren algunas cuestiones. No me resta sino animar a los autores a que para una próxima edición —que sin duda verá pronto la luz— se decidan a completar en este sentido su trabajo.

CÉSAR IZQUIERDO

Henri DENIS, *Teología, ¿para qué?*, Bilbao, Desclée de Brouwer 1981, 182 pp., 20 x 13.

Marcel NEUSCH y Bruno CHENU, *Au pays de la théologie. A la découverte des hommes et des courants*, Paris, Editions du Centurion, 1979, 198, pp. 21 x 14.

Las dos obras que recensionamos presentan diversos rasgos en común: se trata en ambos casos de libros escritos en Francia, en la segunda mitad de los setenta, dirigidos al gran público, al que aspiran a interesar por la Teología dando a la vez algunos puntos de referencia que permitan orientarse en su situación contemporánea. Dentro de ese carácter de divulgación, claro en las dos obras, hay no obstante diferencias entre ellas: el libro de H. Denis es un texto más unitario; el de M. Neusch y B. Chenu está menos trabajado, pues proviene del acuerdo que ambos autores, profesores en el seminario de Avignon y en la Facultad de Teología de Lyon, respectivamente, establecieron con el diario *La Croix*, donde fueron publicando una serie de semblanzas sobre teólogos contemporáneos; posteriormente, aprovechando ese material y retocándolo en algún punto, prepararon el presente libro.

Comencemos nuestro examen por la obra de Denis. En el mundo cultural contemporáneo la Teología es, para muchos —afirma en el prólogo—, una realidad desconocida o, a lo más, algo que se considera perteneciente a un mundo separado, cristalizado, inmóvil, ajeno a la innovación y al desarrollo moderno de la cultura. Para deshacer ese prejuicio. Henri Denis aspira a poner de manifiesto que la Teología es una realidad viva y a introducir al lector por los caminos de la Teología actual, como dice el título del libro en su edición original francesa, y el subtítulo de la castellana.

Para eso divide su obra en dos partes. En la primera traza una breve historia de la Teología reciente, particularmente la francesa, distinguiendo cuatro períodos: a) desde 1945 a 1950: el resurgir de la Teología a partir de la guerra mundial, con la preocupación por la historia, por la eclesiología, por las realidades terrenas, bajo el influjo de un Yves de Montcheuil, un Henri de Lubac, un Jean Mouroux, un Yves Congar, un Teilhard de Chardin, un Albert Gelin... (pp. 20-38); b) desde 1950 a

1958: la convulsión provocada por la *Humani generis* y los acontecimientos que la siguieron (pp. 39-53); c) desde 1958 a 1965: el pontificado de Juan XXIII y la celebración del Concilio Vaticano II, con cuanto supuso de consagración de algunos filones teológicos e impulso para tareas nuevas (pp. 54-69); d) desde 1966 a 1975: un primer momento de comentario a los textos conciliares, que da paso, casi enseguida, a una situación de crisis, a un estallar de la Teología en pedazos y, a la vez, a un aparecer de brotes y perspectivas inexploradas (pp. 70-88).

En esos diversos apartados, Denis procura con trazos breves, de tono periodístico, poner en relación la Teología con la situación general de la Iglesia. En la segunda parte (pp. 88-174), mantiene esa misma actitud, pero cambia el método para esbozar lo que califica de «líneas» de fuerza de las teologías contemporáneas», entendiendo por ello no las posturas o investigaciones más significativas, sino las problemáticas que, a su juicio, determinan la teología presente y su futuro. Cuatro términos le sirven de eje: la historia, con la consiguiente consideración del carácter concreto del cristianismo y del valor de la historicidad humana; el pueblo, lo que le lleva a hablar de una teología en contacto con la vida, más aún de una «teología popular», fruto no sólo de la investigación científica, sino de la experiencia eclesial; las culturas, que le hacen enfrentarse con el problema del lenguaje y de la inculturación del cristianismo; la Iglesia, donde, prolongando las consideraciones anteriores, aventura algunas de las implicaciones que puede tener para el futuro de la Teología el desarrollo intelectual de las comunidades cristianas de América del Sur, de Asia y de África.

Por su parte Marcel Neusch y Bruno Chenu, entre los diversos métodos posibles para introducir al conocimiento del desarrollo del pensamiento teológico, escogieron el de centrar la atención en individualidades, es decir en teólogos concretos, sin perjuicio de introducir de cuando en cuando algunas pinceladas o visiones de conjunto. Después de unas páginas introductorias sobre la naturaleza y función de la teología, y de hacer referencia a algunas figuras importantes del pasado (S. Ireneo, S. Agustín, S. Tomás de Aquino, Lutero), los autores entran directamente en el siglo XX, ofreciendo, ante todo, un primer esbozo de caracterización general. Tres son —nos dicen— los acontecimientos que dieron la «tonalidad de base» a la reflexión teológica con la que se inicia nuestra centuria: el modernismo, el movimiento ecuménico, el interés por los temas eclesiológicos. Los apartados siguientes están dedicados a Karl Barth, Rudolf Bultmann, Marie-Dominique Chenu, Pierre Teilhard de Chardín, Dietrich Bonhöffer. Al llegar a este punto, el ritmo se rompe para dar paso a otro cuadro de conjunto: la dura experiencia de la guerra mundial y el influjo que ese hecho tuvo en la teología posterior a 1945. Enseguida se vuelve a las figuras singulares: Ives Congar, Hans Urs von Balthasar, Henri de Lubac, Karl Rahner, Paul Tillich. Una nueva interrupción, para hacer referencia al Concilio Vaticano II. A partir de este momento el método cambia en parte, ya que se alternan personajes con escuelas o tendencias: la teología de la secularización y de la «muerte de Dios»; la importancia adquirida por el problema hermenéutico; Ernst Käsemann; Wolfhart Pannenberg; Jürgen Moltmann, Edward Schillebeeckx; Hans

Küng; la situación actual de la teología ortodoxa; la confrontación y el diálogo con los «maestros de la sospecha» (Marx, Freud, Nietzsche); las teologías de la liberación; el nacimiento de una labor teológica en Asia y en África. Unas rápidas consideraciones sobre el futuro de la teología cierran el libro.

Los diversos apartados, escritos alternativamente por M. Neusch o por B. Chenu, son breves —siete u ocho páginas— y siguen todos un mismo esquema: una exposición que aspira a presentar el autor o la escuela de que se trata, un texto representativo de ese autor o corriente, una información sucinta sobre la bibliografía en lengua francesa. La exposición o presentación —escrita con lenguaje ágil y expresivo— tiende no tanto a resumir el pensamiento del autor o tendencia comentados, cuando a transmitir una impresión general sobre su postura, lo que, teniendo en cuenta el tono y la finalidad del libro, puede considerarse acertado.

Pero, por encima de la descripción formal de una y otra obra, una pregunta resulta decisiva: ¿a qué criterios de fondo responden en ambos libros, en qué dirección orientan a sus lectores? Neusch y Chenu formulan su pensamiento con claridad, ya desde las páginas destinadas a situar la teología en los inicios del siglo XX, concretamente al referirse al modernismo: la Iglesia en los tiempos anteriores a ese movimiento, se encontraba —dicen— alejada de la cultura; el modernismo nació con el deseo de superar esa situación, insertando la fe en la cultura moderna; la reacción pontificia cortó violentamente ese intento y, de esa forma, «volviendo las espaldas al futuro y colocando el pie en el freno, la Iglesia se instaló en la esterilización intelectual» (p. 45). No hace falta insistir en la inexactitud e injusticia de tales afirmaciones, que caricaturizan y falsean por entero la realidad de los hechos. A decir verdad no son sino la proyección de una actitud de espíritu que repercute obviamente en el resto de la obra, haciendo no sólo que adolezca de omisiones clamorosas (basta pensar en los nombres de Ambrose Gardeil, Reginald Garrigou-Lagrange, Karl Adam y Romano Guardini, por no mencionar a otros de décadas posteriores), sino que obedezca a una visión deformada de las cosas.

Podrían hacerse a este respecto numerosas observaciones. Limitémonos a una de carácter general. Neusch y Chenu valoran a los diversos autores de los que hablan desde la perspectiva de su disposición de diálogo con el mundo y de su creatividad, mientras que, en cambio, la fe como verdad juega un escaso papel en su planteamiento. Lo que, de una parte, desemboca en un irenismo que oculta problemas de fondo y silencia contrastes y oposiciones y de otra, presenta a la Teología como una pura búsqueda o como una invitación al compromiso existencial, y no a la vez —mejor, antes y radicalmente— como un testimonio y una profundización en la verdad recibida en la revelación y conservada en la Iglesia.

Henri Denis se manifiesta más consciente de la complejidad tanto de la evolución como de la situación presente de la Teología. Sus juicios son por eso más ponderados. La óptica de fondo coincide sin embargo, en parte, con la de Neusch y Chenu: la historia reciente del quehacer teológico es valorada, en efecto, según la dialéctica entre conservación y modernidad, importante, sin duda, pero no única ni definitiva. Los términos

en torno a los cuales estructura su intento de captar las líneas de fuerza de la Teología en la época contemporánea —historia, pueblo, culturas y, en dependencia de las culturas, Iglesia, o mejor, comunidades cristianas— se mueven en esa misma dirección. El propio Denis advierte que, al tomar esa opción, se expone a una crítica: ¿cómo se explica que, al intentar esbozar los puntos cardinales de la Teología en una de sus etapas históricas, no nombre a Dios? Dios, responde, no está olvidado, sino incluido en la misma pretensión de realizar un discurso teológico: Dios es quien inspira toda reflexión teológica y, por tanto, no es un objeto o un punto cardinal entre otros, sino Quien está detrás de todos los objetos con ocasión o con motivo de los cuales habla la Teología (p. 91). La respuesta es, en cierto sentido, pertinente, pero sólo en cierto sentido, ya que, para poder hablar teológicamente de los diversos problemas y situaciones, es necesario que, de forma frontal y decidida, nuestro discurso verse en algún momento, directamente sobre Dios mismo, y es ahí, en ese punto o momento, donde se decide el ser de la Teología. El planteamiento de Denis está más expuesto de lo que él mismo imagina —o da a entender— a un historicismo hermenéutico, como por lo demás permiten entrever algunas de sus apreciaciones sobre temas concretos.

Los dos libros que comentamos se han propuesto un objetivo no sólo legítimo, sino incluso necesario en el momento presente, que reclama una apertura de la Teología al mundo cultural en su conjunto, y una apertura de ese mundo a la Teología. El resultado es, sin embargo, insatisfactorio. La raíz de esa deficiencia está, a nuestro parecer, en los defectos de planteamiento que acabamos de señalar. Quizás quepa aludir, aunque sea ir más allá de estas dos obras, a un hecho que si bien no explica esas deficiencias, tal vez facilite que se incurra en ellas. Nos referimos a un fenómeno al que, aunque los términos puedan resultar pedantes, cabría calificar de falta de conciencia histórica. La realidad es que mientras podemos encontrar amplias reflexiones teológicas sobre la historia de la Teología protestante, no ocurre lo mismo en el campo católico: existen panoramas más o menos amplios y monográficos sobre autores, períodos o aspectos concretos, pero faltan intentos de repensar teológicamente el entero proceso, o, al menos, esos intentos —que existen, ya que todo teólogo tiene, de una forma u otra, que dar, y darse así mismo, razón de su pasado, lo que no deja de transparentarse en su obra— no han sido elaborados temáticamente. Este hecho merecería un estudio, aunque, ya desde ahora, cabría exponer diversas hipótesis explicativas. Las dificultades que una reflexión de este tipo implica, son, en todo caso, claras. No lo son menos, sin embargo, los riesgos que derivan de su inexistencia: esa falta de conciencia histórica a la que antes nos referíamos, y, en consecuencia, la fácil caída en juicios o presentaciones aproximados, y, en ocasiones, deformantes.

JOSÉ LUIS ILLANES